

Fernando Uriarte

Don Quijote, el gran aficionado



A novela de Cervantes, a cuatro siglos del nacimiento de su autor, está pronta a soportar nuevas interpretaciones. El hondo misterio psicológico que infundió Don Miguel de Cervantes a su inmortal personaje, deja todavía amplias posibilidades a la glosa especulativa. Cuando cruzamos hoy el umbral de la creación cervantina podemos admirarnos del laborioso trajín que se han llevado sus administradores mayores; sirva como ejemplo la bibliografía crítica de Don Leopoldo Ríos de dimensión y contenido sorprendentes. Los comentadores que vigilaron atentamente cada partícula del pensamiento cervantino han beneficiado hasta las erratas; se han conseguido las relaciones literarias más lejanas, rastreando la influencia de Cervantes donde todo estudio es casi una proeza, una acrobacia, sostenida por un delgado hilo de aproximación.

Y así como «El Quijote» es el libro más leído y traducido, Cervantes es el escritor más deshollado, el más amorosamente disertado. Los lectores de hoy ante el enorme creador sentimos por sobre toda otra impresión, la de impotencia, ya que genios, ingenios y mentecatos han bebido de la rica fuente hasta dejarla poco menos que exhausta. Libro tan ancho como «El Quijote» en significación social no existe. Dividida, parcelada, como un

poderoso estimulante para que la mayor sapiencia literaria o la más suficiente majadería hinchen sus botines, se encuentra la gran herencia. Sin embargo todo nos empuja este año a abrir una vez más la valiosa obra.

Ahí está Sancho, carácter desnudo, de una sola agua, frontera de España, sin secretos; puro refrán y egoísmo individual, lealtad y nobleza. El firme mecanismo psicológico que mueve sus pasos se transparenta limpiamente. Cervantes fué para él un padre objetivo; no necesitaba cuidarlo ya que por Sancho no se perderían imperios, ni a su acción segura seguirían las desgracias de la derrota. Sancho representa un cerebro español claro, aunque sin luces trascendentes, un alma terca moldeando la realidad.

Así pasen siglos tendremos a Sancho ante nuestros ojos reflejando una España concreta, ladina y robusta que desconoce el desastre porque nunca buscó el triunfo y la grandeza.

Su buen señor Don Quijote poseía el amor en su expresión más sublime, el amor por lo otro, por lo que no atañía a su condición personal de buen hidalgo. Nos parece Don Quijote EL GRAN AFICIONADO, que dice ser caballero andante y no pasó en lo más secreto de su convencimiento de ser un entusiasta de la caballería.

Ser y sentirse ser, es lo mismo. Don Quijote en una muy rara ocasión comprobó que el contorno real de la vida respondía a su afición, a su querer. Y sucedió, melancólicamente, durante su tercera salida al residir en casa de los Duques. Estos, personajes malévolos y descreídos, ofrecían solazándose, un teatro apropiado para que el héroe creyera en la plenitud de su ilusión, y hasta Sancho se diese algunos tortazos de mano propia ya que había sido tocado sutilmente en su desconfianza.

¿De qué otra manera podríamos interpretar el comentario de Cervantes en el Capítulo XXXI de la Segunda Parte, próximo a rematar la novela?

«¿Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes. Y todos, o los más, derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los Duques, de todo lo cual se admiraba Don Quijote y AQUEL FUÉ EL PRIMER DÍA QUE DE TODO EN TODO CONOCIÓ Y CREYÓ SER CABALLERO ANDANTE VERDADERO Y NO FANTÁSTICO...».

En el correr de esta aventura algunos indicios sospechosos lo retraen nuevamente a su rol de aficionado. Cierta comentario de Sancho restituye la exaltación del héroe al contenido de su conciencia desde donde sigue ejerciendo el dominio de los objetos ideales de los cuales es amo y señor. Lucha por forzar la realidad, pero su afición empieza a cansarlo mortalmente. Surge entonces en el diálogo con su escudero la más rítida expresión de lo que la más reciente filosofía ha llamado objetos ideales. En la mente de Cervantes apareció hace más de tres siglos un vestigio de la concepción radicalmente sensualista de Mach. A poco de terminada la famosa aventura de La Dueña Dolorida conversan el señor y su escudero (Capítulo XLIV de La Segunda Parte):

«Señor, a mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo y en creyente, o vuesa merced me ha de confesar que el rostro de este mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida».

«Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndolo mirado, dijo a Sancho: No hay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir); QUE EL ROSTRO DE LA DOLORIDA ES EL DEL MAYORDOMO, PERO NO POR ESO EL MAYORDOMO ES LA DOLORIDA; QUE A SERLO, IMPLICARÍA CONTRADICCIÓN MUY GRANDE...».

La distinción que aquí se hace entre el mundo ideal de Don Quijote y la realidad que le rodea es decisiva. La comprobación de que Don Quijote estaba atento a la trampa de los Duques se manifiesta en la pregunta que hace a Sancho en una de sus cartas: «Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi como tú sospechaste».

Jamás se vió héroe tan sesudo y consciente de su afición y de las limitaciones que marginaban su entusiasmo. Ya vemos como asiste, irónico, a la eclosión de la fantasía de Sancho, que tal vez queriendo igualarse a su señor se dispara en una sarta de mentiras acerca de lo que ocurrió a su persona en el fantástico viaje sobre Clavileño.

«Como todas estas cosas y esos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice».

Es el momento en que su escudero se encuentra más próximo a él y Don Quijote lo aprovecha astutamente queriendo negociarle la fantasía:

«Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más».

Se ve claramente que don Miguel de Cervantes puso en su héroe una segunda conciencia vigilante, saturada de lecturas, como un testigo irreductible de los valores de la ilusión.

Estos capítulos de la novela contienen el mayor enredo psicológico de la literatura occidental y nos enseñan la extraña condición espiritual de don Quijote, aficionado vehemente a la vez que cerebral y teórico, sólidamente adoctrinado en las hazañas leídas. También una viva luminosidad sube de ellos hasta el genio más complejo de la creación literaria: Don Miguel de Cervantes.